

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

51-52

JULIO-DICIEMBRE

1953

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

S u m a r i o

ARTICULOS		Página
		—
Luis Cernuda	<i>Tres poetas metafísicos</i>	9
Arnaldo Cosco	<i>Canto XXVII del Infierno</i>	21
José Gaos	<i>Sobre los estudios de filosofía en nuestra Facultad</i>	41
Juan Hernández Luna	<i>El iniciador de la historia de las ideas en México</i>	65
Allan Lewis	<i>El teatro del realismo socialista Máximo Gorky</i>	81
Alberto T. Arai	<i>Bosquejo para una estética del paisaje</i>	99
Olga Prjevalinsky Ferrer	<i>"Las almas muertas" de Gólgol y "El Quijote"</i>	127
Fernando Salmerón	<i>Las ideas estéticas de Ortega y Gasset</i>	141
Juan A. Ortega y Medina	<i>La "Universitas Christiana" y la disyuntiva imperial de la España del siglo XVI</i>	159
Manuel Moreno Sánchez	<i>Una teoría del paisaje Mexicano</i>	191
Luis Weckman Muñoz	<i>Los orígenes de las misiones diplomáticas permanentes</i>	203

	Página
Inés Vargas de Núñez	<i>La poética de Igor Stravinsky</i> 233
Domingo Martínez Parédez	<i>Hunabku: Síntesis del pensamiento filosófico maya</i> 265
Marianae V. de Bopp	<i>Friedrich Von Schiller</i> 277

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Elí de Gortari	<i>La filosofía científica</i> . (Hans Reichenbach.) 289
Beatriz E. Ibarra S.	<i>La razón y sus enemigos en nuestro tiempo</i> . (Karl Jaspers.) 292
Raúl Cardiel Reyes	<i>La génesis de la conciencia liberal en México</i> . (Francisco López Cámara.) 296
Eduardo Luquín	<i>La trayectoria de Goethe</i> . (Alfonso Reyes.) 302
Eduardo Luquín	<i>Coatlícue. Estética del arte indígena antiguo</i> . (Justino Fernández.) 308
Ma. del Carmen Landero	<i>Un hombre perdido en el universo</i> . (Miguel Ángel Cevallos.) 312
Wonfilio Trejo R.	<i>La formación de la mentalidad mexicana</i> . (Patrick Romanell.) 316
Abelardo Villegas	<i>Análisis del ser del mexicano</i> . (Emilio Uranga.) 324
Xavier Tavera	<i>Hidalgo en Jalisco</i> . (Jesús Amaya.) 329
J. H. L.	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> 333

UNA TEORIA DEL PAISAJE MEXICANO

Alejandro de Humboldt, en su Ensayo Político Sobre la Nueva España, a cuyas páginas tenemos a menudo que volver si nos adentramos en la consideración de nuestras cosas, por más que muchos ahora las lean estimando la relatividad de los asertos, ante el desarrollo que ha alcanzado el estudio en algunas materias que la obra trató, dice en diversos pasajes, entre otras, las expresiones que siguen y que yo ordeno conforme a los objetivos que mis palabras se proponen:

México, "un imperio que se extiende desde los 16° hasta los 37° de latitud, ofrece desde luego, atendiendo sólo a su posición geográfica, todas las variaciones de clima que se experimentarían al trasladarse desde las orillas de Senegal a España o desde las costas de Malabar a los arenales de la grande Bucaria. Auméntase esta variedad de climas todavía más por la constitución geológica del país, por la masa y forma extraordinaria de las montañas mexicanas... En el lomo y en la falda de las cordilleras, la temperatura de cada meseta es diferente, según que sea mayor o menor su altura. No son unos picos aislados cuyas cimas próximas al límite de las nieves perpetuas se cubren de pinos y de robles; provincias enteras producen espontáneamente plantas alpinas, y el cultivador habitante de la zona tórrida muchas veces pierde allí la esperanza de sus cosechas, por efecto de las heladas o por la abundancia de la nieve".

"... en la Nueva España hay un paralelo de las grandes alturas, o sea una estrecha zona contenida entre los 18° 59' y los 19° 12' de latitud, en la cual están contenidas todas las cumbres del Anáhuac que se elevan más arriba de la región de las nieves perpetuas. Estas cumbres son o volcanes todavía ardiendo o montañas cuya forma, así como la naturaleza de sus rocas, hacen sumamente probable que en otro tiempo hayan ocul-

tado en su seno un fuego subterráneo... Estas grandes alturas, en vez de formar la cresta de la cordillera de Anáhuac y de seguir su dirección, que es de SE. a NO., están por el contrario colocadas en una línea que es perpendicular al eje de la gran cadena de montañas... ¿Estas analogías nos dan derecho para suponer que existe en esta parte de México, a una gran profundidad en el interior de la tierra, una hendedura con dirección de E. a O. por un espacio de ciento treinta y siete leguas, y a través de la cual, rompiendo la costra exterior de rocas de pórfido, se abrió paso el fuego volcánico en diferentes épocas desde las costas del Golfo de México hasta el Mar del Sur?"

"A duras penas podrá encontrarse un punto del globo en donde las montañas presenten una estructura tan extraordinaria como las de la Nueva España..."

"En México, ... el lomo mismo de las montañas es el que forma la meseta; de modo que la dirección de la altiplanicie es la que va marcando, por decirlo así, la de toda la cadena."

Describiendo la impresión que obtuvo en su ascenso a México, desde el Golfo, dice:

"Pocas son las regiones del Nuevo Continente que se pueden comparar con este extraordinario país y en donde el viajero tiene la posibilidad de ver casi juntos los más opuestos climas. En efecto, toda la parte occidental de la intendencia de Veracruz ocupa las faldas de la cordillera del Anáhuac, y en un día los habitantes bajan de la zona de las nieves perpetuas a los llanos inmediatos del mar, en donde reinan unos calores que sofocan. En ninguna parte se deja ver mejor el admirable orden con que las diferentes tribus de vegetales van sucediéndose por tongadas, unas arriba de las otras, que van subiendo desde Veracruz hacia la meseta de Perote. Allí se ve cambiar a cada paso la fisonomía del país, el aspecto del cielo, la vista exterior de las plantas, la figura de los animales, las costumbres de los habitantes y el género de cultura a que se dedican."

"Al paso que se va subiendo, la naturaleza parece menos animada, la hermosura de las formas vegetales disminuye, los tallos tienen menos jugo, las flores son menos grandes y más pálidas. El viajero que ha desembarcado en Veracruz se tranquiliza a la vista del roble mexicano, porque esto manifiesta que ya ha dejado aquella zona que con tanta razón temen las gentes del norte por los estragos que suele causar la fiebre amarilla. Este mismo límite inferior de los robles, enseña al colono habi-

tante de la mesa central hasta dónde puede bajar hacia las costas, sin temor de la enfermedad mortal del vómito. Cerca de Jalapa, los bosques de liquidámbar anuncian, por la viveza de su verdor, que es a aquella altura donde las nubes suspendidas sobre el océano vienen a tropezar con los picos de basalto de las cordilleras. Más arriba, cerca de Banderrilla, ya no llega a madurar el fruto nutritivo del plátano: de manera que en esta región nebulosa y fría, la necesidad precisa al indio a trabajar y aguijonea su industria. A la altura de San Miguel, los pinabetes empiezan a interpolarse con los robles, y se van encontrando así hasta los altos llanos de Perote, los cuales presentan el risueño aspecto de campos sembrados de trigo. Ochocientos metros más arriba, el clima es ya muy frío para que los robles puedan vegetar; sólo los pinabetes cubren las rocas, cuyas puntas entran en las zonas de las nieves perpetuas: de manera que en este país maravilloso, en el espacio de pocas horas, recorre el hombre de ciencia toda la escala de la vegetación, desde la heliconia y el plátano, cuyas hojas lustrosas llegan a tener extraordinarias dimensiones, hasta el encogido parénquima de los arbustos recinosos."

Ya en nuestro Valle, escribe:

"La Ciudad de México está a la mitad de la distancia de los dos Nevados de la de Puebla, que las ciudades de Berna y de Milán lo están de la cadena central de los *Alpes*. Esta gran proximidad contribuye en mucho a hacer formidable y majestuoso el aspecto de los volcanes mexicanos. Los contornos de sus vértices, cubiertos perpetuamente de nieves, parecen mucho más pronunciados en razón de que el aire, a través del cual los ojos reciben los rayos de luz, es más rarificado y más transparente. La nieve brilla con un resplandor extraordinario, especialmente cuando aparece proyectándose sobre un cielo cuyo azul es constantemente mucho más intenso que el azul celeste que brilla en nuestras llanuras de la zona templada. En la ciudad de México, el observador respira un aire cuya presión barométrica no es más que de 585 milímetros. Es fácil concebir que la extinción de la luz debe ser muy débil en una atmósfera tan poco condensada y que los vértices del... Popocatepetl, vistos desde los llanos de... México, deben presentar unos contornos más claros y más recortados que si se les viese, a igual distancia, desde las costas del Océano."

No he querido entresacar sino algunos de los pasajes más característicos, pues la obra se encuentra llena de observaciones que podrían

seleccionarse para completar mejor la idea que el ilustre viajero y sabio tenía del paisaje mexicano.

De los textos anteriores se desprende:

1º Humboldt fué el primero que hizo la observación de que esa cadena de montañas de origen volcánico que cruza transversalmente el país, sigue el alineamiento de un paralelo, el 19; al hacerlo notar así, formuló la hipótesis, con todas las reservas y más bien como un interrogante, de que el origen de esa cadena se encontraba en una falla de la estructura de la corteza terrestre por la cual se ha escapado, de tiempo en tiempo, a través de miles de años, el material incandescente con que se formó la impresionante serie de edificios volcánicos que la forman.

2º Tomando en cuenta la elevación de la Cordillera Volcánica Transversal y el conjunto de las demás cadenas de montañas que vienen del SE. siguen en doble fila hacia el NE. y el NO., Humboldt expuso la idea de que el clima y la conformación de la meseta mexicana se debía al contraste de estos dos factores: latitud de su ubicación y altura del altiplano. La idea de este contraste impresionó fuertemente otros muchos aspectos de su visión de México.

3º Por la consideración de los contrastes que produce la elevación de la meseta de México, Humboldt se explicó la naturaleza fundamental del paisaje mexicano, la forma física de su asiento terrestre, los caracteres de su cielo, de sus nubes, de sus lluvias, de sus estaciones y de todas las demás consecuencias que de ahí se desprenden.

Es así como puede enunciarse la ordenación de las ideas que constituyen, básicamente, la teoría del paisaje mexicano del viajero y observador incansable, cuyas ideas y observaciones muchos, después de él, han venido únicamente a comprobar, a reafirmar y aún a seguir al pie de la letra. Con la obra de Humboldt en la mano, posteriormente otros fueron repitiendo las mismas apreciaciones, unos, en su valor científico, otros, en su sentido estético y emotivo. Hemos de considerar por ello, a Humboldt, como el autor de la teoría más aceptable para explicar el conjunto de elementos que dan característica propia al paisaje de nuestro país.

* * *

Resulta impresionante la sencillez con que esa teoría sitúa en la cadena de volcanes alineados a lo largo del paralelo 19, el factor fundamental del paisaje mexicano.

Para los geólogos y geógrafos modernos, la observación de Humboldt ha adquirido el valor de un dato cierto. Ahora se llama a esa fila de montañas la Cordillera Volcánica Transversal; también ha sido denominada Eje Volcánico o Cordillera Neovolcánica. Implica un rasgo definido: sigue el alineamiento de un paralelo con gran fidelidad y, rompiendo el sentido de las demás formaciones montañosas, en lugar de dirigirse hacia el norte, se interpone y atraviesa al país de mar a mar, escindiéndolo en dos partes claramente establecidas.

Los estudiosos han puesto su atención a los rasgos que presenta esta Cordillera y han podido así aceptar que al norte de la misma se hallan caracteres orográficos distintos a los del Sur, por lo que han determinado que es ella la que debe estimarse como división del Continente, separando Norteamérica de Centroamérica.

La Cordillera mencionada comprende una zona de gran inestabilidad geológica que ha presentado episodios de actividad durante siglos de siglos hasta nuestros días. Hombres que han vivido en nuestro país desde la llegada de los españoles han podido comprobar que algunos de los edificios volcánicos que la constituyen dejaban apreciar signos de actividad subterránea, expulsiones de cenizas, de humos, de vapores, de sonidos, y han podido observar cómo otros volcanes han nacido y muerto en ese tiempo, como el Jorullo en el siglo XVIII, y en los días de nuestra vida, el Parícutín.

La simple enumeración, que no es inútil, de los principales individuos volcánicos que la integran, puede ofrecernos de golpe la importancia que la Cordillera Transversal tiene en el paisaje que nos ha tocado mirar y vivir, sobre todo si consideramos el número de entidades políticas federales que atraviesa y la variedad de formaciones geográficas que origina.

El Cofre de Perote, el Pico de Orizaba, la Malinche, la Sierra Nevada, especialmente sus más grandes cimas como lo son el Ixtaccíhuatl y el Popocatepetl, la Sierra del Ajusco, con sus diversos picos, el Nevado de Toluca, el Quinceo que se yergue junto a Morelia, los volcanes de Zacapu, el Jorullo, el Parícutín, el Tancítaro y, por fin, las dos bocas, la de agua y la de fuego, del nevado y volcán de Colima. Esos no son sino los más distinguidos; quien pretendiera enumerarlos todos, de poder hacerlo, no agregaría nada esencial a la idea que perseguimos exponer.

A partir de esta Cordillera Transversal, hacia el norte, por el este se encuentra la Sierra Madre Oriental y por oeste la Occidental, dos

formaciones esenciales de nuestra geografía. En medio de ambas cordilleras madres, se extiende el altiplano mexicano, que a partir de la mesa central, se va diluyendo en planicies amplias y descendentes hasta encontrar los desiertos norteños. Al sur de la Cordillera Transversal, quedan depresiones y montañas que vienen de las elevaciones centroamericanas y que en el sureste conforman también mesetas con características semejantes a la central que hemos citado. Las entidades geológicas mencionadas, por medio de sus laderas y regiones bajas de costas, ahogan en el mar el zócalo continental a ambos lados del país y presentan los largos litorales.

La pirámide geológica en que vivimos, asciende desde las costas por una serie de escalones que forman lo que comunmente llamamos valles, aunque en rigor no siempre lo sean; lo que llamamos "llanos" y las joyas, a menudo sin salida fácil, que cuando descienden bruscamente y alcanzan temperatura elevada, tanto al sur como al suroeste, constituyen lo que nosotros nombramos la "tierra caliente".

Entre los valles famosos que constituyen las escalas o estancias de la meseta mexicana, tenemos al de Puebla, al de México, al de Toluca, al del Mezquital; entre los "llanos", los de San Juan, los de Apam, y esa suave extensión abierta hacia el centro norte de nuestro país que conocemos cariñosamente como El Bajío. Por otros lados, quedan las depresiones, la del Balsas, que encierra la tierra caliente de Guerrero y de Morelos, y que siguiendo los linderos de la mesa central, la rodea por el sur del Estado de México y se abre de nuevo en la tierra caliente de Michoacán, especialmente hacia la cuenca del Río Grande de Tepalcatepec. Más al norte, cambiando ya de vertiente, se extiende la tierra caliente de Jalisco y de Nayarit, siguiendo el vasto lecho del Río Santiago.

Las formaciones montañosas nos entregan elementos familiares de nuestro paisaje. Desde luego, las líneas que constituyen el perfil de las grandes montañas. En la meseta mexicana, especialmente en el centro, la línea que marca los perfiles es suave y ondulante, excepto en algunos de los individuos de la Cordillera Transversal, en los que el dibujo suele alcanzar líneas cortadas en recta que figuran picos agresivos. Igualmente nos ofrecen las rocas que a menudo son enormes y coronan o adornan los edificios montañosos y que cuando son restos de escurrimientos de lava, constituyen esos espinazos que se llaman mal país y cuya imponente dureza de calidad y colorido, en contraste, ha llegado a formar el ambiente en que se destaca un moderno sentido de construcción arquitectónica,

como en nuestro Pedregal que rodean Tlalpan, Coyoacán, San Angel y Santa Teresa.

La disposición de las serranías origina las vertientes; la Cordillera Transversal sirve de gran parteaguas y en combinación con las demás alturas señala los escurrimientos pluviales que bajan a los grandes ríos. En la mesa central, el río clásico de nuestra historia y de nuestro paisaje es el Lerma, por cuya ruta ha penetrado la cultura tierra adentro, luego de haber ascendido desde la costa del Golfo; ese río sigue fielmente hasta el occidente, en el mismo sentido que la Cordillera Volcánica. El otro río que corre hacia occidente es el Balsas, que se nutre de todos los escurrimientos que se originan en la depresión a que hemos aludido. En los altos valles o ahí donde las mesetas pierden su pendiente, sobre todo si el drenaje pluvial queda cerrado, se han formado lagos, lagunas y unos como mares interiores que con el tiempo han disminuído de proporción y cada vez más se reducen por la sequía o por las modificaciones que el mexicano sediento suele introducir en su paisaje, en su esfuerzo por usar, hasta el máximo, las pocas aguas con que cuenta. Los lagos del Valle de México, ya casi desaparecido por completo, la ciénega de Lerma, Pátzcuaro y los lagos michoacanos, Chapala y otros menores, son testimonios de esta hidrografía. Hacia el norte, las corrientes suelen desaparecer en las sedientas arenas o evaporarse por el ardor solar que las consume.

Desde cualquiera de los elementos montañosos que limitan el altiplano o que lucen dentro de él, los mexicanos podemos encontrar fácilmente un brillante observatorio para la belleza que se extiende con amplitud extraordinaria a nuestros ojos, llanuras o valles abajo. Esos observatorios son la escuela viva del paisaje mexicano; desde ellos, contemplamos los pasos de las estaciones del año, tal como se dan en el país, el cielo limpio y transparente como de desierto o abrumado de nubes imponentes que se acumulan, brillan y oscurecen con las horas del día y que, rítmicamente, cuando es la época, se deshacen escandalosamente en tempestades y descargas eléctricas.

Porque las nubes que adornan el cielo de la mesa central, no presentan variaciones múltiples; generalmente son producidas, dentro del altiplano, por las expansiones de vapor de agua empujado briosamente hacia arriba por el aire caliente y se acumulan en las trincheras que ofrecen las mismas montañas, o vienen viajando a marchas forzadas desde el mar del oriente, impulsadas sus velas por vientos dominantes y cuando

tienen la fuerza suficiente, no se detienen en las primeras líneas defensivas del altiplano, sino que ascienden hasta los altos valles y aún saltan hacia occidente llevando el mensaje líquido de que son portadoras. Por eso dominan las nubes nímbeas o las acumulaciones de ellas, que de un blanco cegador cuando son calientes, en las cercanías montañosas se oscurecen y en breve se precipitan en tormentas rápidas que lustran nuevamente el azul del cielo. Menos frecuentes son en el altiplano las capas nebulosas que ocultan el sol largamente y mantienen como en suspenso la humedad sobre el mundo vegetal.

Desde los muchos miradores que existen para elegir, se extiende el paisaje típico de la meseta mexicana. Cuando el aire es tan límpido actúa como un cristal fino que acerca los objetos en vez de borrarlos por la distancia y nuestros valles lucen con toda esplendidez. En el de México, desde el Tepeyac encontró Velasco su más cariñosa perspectiva; desde las alturas de la Sierra de Santa Catarina, formación volcánica que se atreve a cruzar el valle, como desprendida de la Sierra Nevada y con rumbo a la del Ajusco, el Dr. Atl ha pintado y repintado con maravillosa nostalgia los cráteres muertos y azolvados, esto sin olvidar que su infinito amor por la naturaleza, su audacia de montañista y su sabiduría de vulcanólogo, le han dado una preeminencia entre los pintores del paisaje mexicano, que le será difícilmente disputada en tiempos futuros. Desde las faldas de la Sierra de las Cruces, miró pacientemente el toluqueño Coto la amplitud de su valle, con las nacientes del Río Lerma y la impresionante mole del Nevado de su tierra natal. En fin, cualquiera de nosotros, aun sin haber alcanzado el privilegio de ser pintor, puede encontrar su propio balcón, que a manera de ventana abierta al mundo y protegida de barandales, le otorgue diariamente el espectáculo que hallan los ojos en el decurso de los días.

Si miramos desde el llano a la montaña, ahorraremos esfuerzo en dibujar los primeros términos para redoblarlo en observar despaciosamente las alturas; si, por el contrario, desde lo alto contemplamos los bajos, podemos pasar días y días afinando líneas suavemente curvadas para precisar el perfil del lomerío, separando cuadros o superficies geométricas en las que suelen apreciarse los pacientes zurcados de nuestra elemental agricultura, o trabajando con esmero los escasos manchones de una vegetación que ya hace mucho tiempo nos quiere abandonar y que aún podemos admirar, no obstante los esfuerzos del hombre por destruirla para siempre. Visto así el paisaje llano abajo, donde quiera

podemos colocar un caserío, siempre que le pongamos muros azules o blancos, que lo techemos con café rojizo y le coloquemos en medio una graciosa o gigantesca iglesia de piedra gris, desde cuyas torres, si la visión es sonora, percibiremos cómo las campanadas van marcando el compás asténico del tiempo perdido que tanta miseria produce en nuestra gente, pero que otorga tanto descanso al corazón. Por doquier, metidos entre los marcos del sembradío, podremos trabajar sobre algún manchón de florecillas silvestres, de colores morado, naranja o rojiblanco, como aquellas que tanto llamaron a los ojos de Clausel, o bien, meternos entre esos seres vegetales muy mexicanos, y quizás por eso trágicos y sombríos, que constituyen la nota profunda de Goitia. Nuestra ambición de contemplar el paisaje con más y más amplitud nos llevará a incomformarnos con nuestros escasos medios de observación y por eso hemos de afocar el mundo altiplanítico en perspectiva curvilínea, como a manera de un mágico y prodigioso cinerama.

Nuestra meseta, contrafuerte amagado por depresiones, cuenta con un aire enrarecido; durante las épocas en que los fuertes vientos azotan el Golfo de México, el impulso que traen hacia la tierra adentro se va perdiendo en el esfuerzo de ascender. A menudo se deshacen en nublados que solemos asociar a los nortes de la costa y que entristecen por unos cuantos días la luminosidad de arriba. No hay grandes evaporaciones y los vientos que al rozar las llamadas se calientan con el sol de la mañana, se agitan hacia lo alto, pero sólo para morir en las faldas de las cordilleras que por doquier los vigilan y detienen.

Un bello, clarísimo cielo de lluvia escasa es otra nota de nuestro paisaje. Nos llueve apenas más de cuatro meses del año y presenciamos el largo estío de los casi ocho restantes. En el tiempo de secas, como acostumbramos decir, pasamos de una temperatura más friolenta a otra más ardorosa. Algunos han querido decir que eso constituye nuestra eterna primavera; otros han gustado referirse a nuestro persistente otoño. De cualquier modo, cuando al declinar septiembre aparecen los primeros signos de la estación dorada, con ellos llega también la nota dominante de la sequía. De ese modo, los verdes del verano se cambian bruscamente por el sepia; a poco, éste degenera en un café de tabaco desleído, que a su tiempo se va hundiendo en los grises. Eso que llamamos invierno, es en realidad un simple reposo que apenas se hace sentir. Muy pronto, los vientos fríos de diciembre y enero, arrastran de la mano a los inquietos

girones de la primavera y entonces podemos observar que los grises que habían quedado muertos, se avivan en el polvillo que en los llanos levantan los remolinos y que anuncian ya el majestuoso retorno de las nubes, cuando el sol vuelva a inclinarse hacia el Trópico de Cáncer.

El hecho señalado de que la Cordillera Transversal se enfile de oriente a occidente y que sus altos picos se interpongan durante los crepúsculos en la dirección del sol, hace que la meseta ofrezca mañanas y tardes en que las coloraciones pasan habitualmente de las primeras claridades a la plenitud del día, a través de los enrojecimientos que dulcifican la visión matinal o que precipitan su declinación en medio de vellones de brillantez impresionante y en que la muerte de la luz se alarga con angustia y mantiene los ojos fijos en el crepúsculo, llenándolos de melancolía o encendiéndoles fiestas de sensualidad colorida. Son tan dulces los tránsitos crepusculares en el altiplano que a menudo parecería que no podemos decidir si resultan cursis, a no ser porque corresponden a sucesos de la naturaleza que nunca pueden merecer ese calificativo.

* * *

Para la mente humanística de Humboldt, no carente ya de huellas de distinción romántica, el altiplano de México aparecía como producido por el juego opuesto, hoy diríamos dialéctico, de dos factores contrarios: la latitud que señala su ubicación en el globo y, su elevación sobre el nivel de los mares que le ha permitido alcanzar climas suaves, templados y fríos.

Un gigantesco contraste hizo posible este contrafuerte montañoso, en cuyos márgenes se mece el altiplano de nuestro país. Por su colocación en la tierra, el territorio que lo forma corresponde a zonas que en otros Continentes quedan cubiertas por desiertos, por extensiones arenosas, secas, cálidas e inclementes; dentro de los mismos paralelos que encierran gran parte de nuestro territorio, en otros lados existen regiones inhóspitas, solitarias, cuyo frío en el invierno baja hasta lo mortal, acentuado por el galope de vientos que nada detiene y cuyo abrasador verano quema hasta los más persistentes rastros de vida y envuelve en locura infernal al ser que por ellas se atreve. En México, la misma latitud, gracias a la violenta elevación territorial, ha producido el paisaje que tanto impresionó al viajero, al grado de que pudo dedicarle los mejores adjetivos en superlativo siempre.

La altura de las montañas, la amplitud de los valles, las depresiones violentas que se agarran a las faldas de las cordilleras, las joyas encerradas, los descubiertos llanos, la singular orientación del desenvolvimiento geológico en las direcciones señaladas hacia el norte, los puertos por donde pueden penetrar los vientos alisios y el envío húmedo del Golfo, todo eso ha hecho posible que existan lugares en que, en el radio que abarca la vista, o dentro de una breve jornada de viajero, se comprendan climas distintos y variados que coexisten y logran la sorpresa de entremezclar las especies vegetales y animales habituales a zonas separadas. La palma tropical, el plátano, el roble, la conífera, el naranjo, el manzano, suelen convivir en algunos de esos puntos que nosotros mismos solemos llamar "bocas", puertas de tierra caliente; tales como Córdoba, Atlixco, Cuautla, Valle de Bravo, Zitácuaro, Tacámbaro, Uruapan, para no citar sino algunos de los ejemplos más característicos.

Si se trata solamente de la apreciación del calor ambiente, encontrándonos en algunos de los placenteros sitios en que existan termales, los que también se encuentran ligados a la formación volcánica fundamental, podemos mirar, a la distancia de una caminata, lugares en que brillan persistentes nieves durante todo el año.

Ese contraste entre la altura del zócalo terrestre y la latitud del país, es la causa conformativa de nuestro paisaje, según la teoría humboldtiana que ahora recordamos. Es muy posible que de la contemplación geográfica, el sabio haya llegado a apreciar en otros aspectos de la vida nuestra, la nota insistente del contraste que tanto nos define. Dentro de un contraste imponente miró Humboldt la composición de nuestra sociedad colonial; la riqueza acumulada y muerta en pocas manos, la miseria extendida y amenazante por doquier; los privilegios notoriamente reducidos a minorías insignificantes, el abatimiento material y moral en todo lo ancho del país; el lujo, el saber, el poder, la cultura, el ideal para unos cuantos, la miseria, la ignorancia, la humillación, la desintegración, la grosera subsistencia animal para las mayorías.

Así como en el paisaje, en las ciudades, el contraste marcaba el boato y la magnificencia de palacios y construcciones para el goce de los menos, y el desvalimiento para el mayor número. Ese mismo contraste pudo mirarlo el viajero en aquellos lugares en que las entrañas mineras arrojaban los finos metales, en donde tanta abundancia apenas si dejaba a muchos hombres un pedazo de pobreza para comer y un ambiente miserable para vegetar. Portador de ideas liberales y de conceptos de la ilus-

tración propias de su siglo clásico, de la contemplación del paisaje mexicano, Humboldt tuvo que deducir conclusiones reformistas de la situación social.

El tema del contraste como uno de los caracteres del ambiente y de la vida mexicana, subsiste como observación valiosa. En las altas mesetas que constituyen la menor parte del territorio nuestro, se acumulan las mayores cantidades de gentes de nuestra población; tenemos más hombres donde menos riqueza; todavía ahora, parecemos medio inútilmente empeñados en procurar el descongestionamiento demográfico del centro, para aminorar las consecuencias del contraste nacional.

El mexicano es, por eso, más hombre de tierra arriba, de tierra adentro; asomado al glorioso balcón de su altiplano, alcanza a distinguir el azul nublado de los mares, la humedad verde y sombría de las selvas sofocantes, la monotonía gris del páramo norteño; los mira, pero no los vive; acaso, algunas veces, los padece, pero no los disfruta; está anímicamente impreparado para ello. Lo que queda más abajo, más lejos, más allá, lo presiente henchido de misterio y de peligros.

El mexicano se aferra a su paisaje más característico; goza en la uniformidad de los tiempos y de las estaciones, disfruta del medio calor y el fresquecito de la siesta, ama la tibieza, la mediocridad de su ámbito climático. Quiere apenas ardor, poquito frío, o friito, como suele decir; no acepta las agitaciones violentas como reactivos; no sueña en ir más allá de lo que llama "lejitos", acaso, únicamente, hasta donde termina lo "cerquita"; calcula las cosas dentro de un "más o menos", de un casi, de un "ya merito"; carece de la ambición que lanza a los hombres a lo desconocido y los hace adueñarse de las cosas nuevas con que tropieza; quizás por eso no ha logrado ser amo de su propio país y le sigue dando vueltas a formas jurídicas de propiedad individual que en realidad no lo son.

En ese acomodamiento frente al contraste que le da su paisaje, el mexicano enraiza sus virtudes y sus defectos. Concebido como enfermedad, a ese acoplamiento del hombre al altiplano, un día José Vasconcelos, en sarcasmo brillante, lo llamó "altiplanitis", enfermedad general que produce en nosotros el maravilloso paisaje de la meseta.

MANUEL MORENO SÁNCHEZ